

RESEÑA

*Folklor musical e identidad chilena en La
Araucanía Tradición, Hegemonía y Modernidad
(1860-1960)*

**Mathias Órdenes Delgado (con la colaboración
de Mario Samaniego Sastre). Santiago: Ariadna
Ediciones, 2023.**

RESEÑADO POR

RAÚL DÍAZ ACEVEDO¹

 <https://orcid.org/0009-0005-8306-5823>

He pasado más de 50 años tratando de percibir la cultura tradicional en La Araucanía, entrevistando y conociendo de sus costumbres, su música, su danza, su pasado, sus expectativas. Quería conocer la cultura viva, aquella que hunde sus raíces en el pasado y que paulatinamente va cambiando, cosa que es inherente a la cultura y a la identidad.

Mucho he aprendido, pero heme aquí leyendo este libro y poniendo de cabeza todo lo conocido y lo inferido, y de la lectura me surgen más preguntas que respuestas. Comparto un poco de este desorden intelectual.



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

1. Profesor de Estado, mención en mecánica, Universidad Técnica del Estado, Magíster en Gestión Educativa, Universidad Diego Portales. Correo electrónico: raul.diaz.acevedo@gmail.com.

“La historia es la generosa reconstrucción del pasado mediante “empatía intelectual” hacia nuestros antepasados. El pasado después de todo ha dejado de existir. Aquí en el presente encontramos documentos y otros objetos que, suponemos, sobreviven al pasado, y entretejemos nuestras interpretaciones sobre ellos. Estos objetos y nuestras interpretaciones pertenecen al presente”.

Así se presenta este libro, un modo de abordar, entender y explicar la historia a través de los testimonios que, desde la cultura tradicional de La Araucanía, y especialmente de la música y la danza, permitirían atisbar esta historia que el texto limita al referido de tiempo que va de 1860 a 1960. Quiere descubrir el libro, o tal vez ayudarnos a descubrir qué hay de la tradición, hegemonía y modernidad en este entender la cultura de lo que somos en este territorio: Entender su historia.

Pero la historia de qué, de quién. Contextualicemos.

La Araucanía por cuatro siglos fue territorio mapuche, parte del Wall Mapu. El estado chileno, empujado por intereses economicistas, de poder y de soberanía invade y reduce a sus habitantes originarios, los arrincona en los sectores menos productivos y vende, remata y regala terrenos a los nuevos habitantes que traerían la modernidad a este territorio y con ello el desarrollo económico. Prioriza en primer término a colonos extranjeros, pues estos aportarían mucha más modernidad al mundo agrícola de esta parte del nuevo Chile. Pero para tan extenso territorio no bastaría con los escasos extranjeros que respondieron a este desafío, entregando territorios a colonos chilenos, unos vendidos directamente, otros rematados y también otros asignados por familias; de lo justo y lo injusto de este proceso mucho ya se ha escrito.

Nos recuerda el libro que para transformar estos selváticos territorios y dejarlos en condiciones productivas – del punto de vista de la agricultura – se requirió incorporar mucha mano de obra, ojalá barata para los empresarios, en lo posible con rentas misérrimas y por ello se incorporaron a este territorio hombres y mujeres, no diría desvalidas pues tenían sus manos para trabajar, pero si personas pobres, unos buscando una mejor vida y los más tratando de no morir de hambre.

Llegaron de todo el territorio nacional. De las barriadas pobres de las grandes ciudades, de pequeños pueblos de la zona central, campesinos de más allá del Bio Bío, una heterogeneidad increíble. La Araucanía de fines del Siglo XIX era una Babel (ya lo señala el libro), una muestra de todas y cada una de las culturas del pueblo chileno, de esa cultura todavía no sometida por la hegemonía y las ansias de “modernidad” de poder y del centralismo económico, y de ese derrotero de tornar nuestro país en un ente republicano, democrático, respetuoso de las buenas costumbres, amante de las tradiciones y de la patria, un discurso por todos conocidos y que poco ha cambiado.

Se reconoce, por tanto, tres grupos en esta zona. El pueblo mapuche, los colonos extranjeros y la población chilena-mestiza. Yo agregaría también una diferenciación entre aquellos que ostentaban el poder económico y que lograron ser propietarios

de vastas zonas de La Araucanía, de aquellos pequeños propietarios y trabajadores, chilenos todos ellos, cuyas historias no fueron las mismas.

A través del tiempo ha existido bastante preocupación respecto del pueblo mapuche, se ha estudiado y se ha escrito sobre su historia y su acontecer a través del tiempo. Hoy es preocupación central del estado el proceso de reivindicación que se ha despertado. Las colonias extranjeras por otro lado se desarrollaron, se achilenaron e hicieron lo suyo. Algo de su historia está escrita. Está presente en la memoria colectiva.

Pero...Y aquí está el pero: ¿Que sabemos de esta población mestizo - criolla que mayoritariamente pobló La Araucanía? Siendo de tan diverso origen, ¿Cuál es su identidad, o sus identidades? ¿Quién ha contado su historia, sus éxitos y sus sinsabores? ¿Quién ha relatado de su aporte al desarrollo económico (nada se logra sin el trabajo del hombre y la mujer), a la cultura, a la tecnología agraria?

A fines del siglo XIX y principios de XX llegaron con muchas expectativas a este territorio. Ya lo hemos señalado, provenían y traían la cultura de sus pequeños pueblos y barriadas pobres de las ciudades. Otros portaban las ancestrales costumbres y la cultura campesina. La mayor parte de ellos formados en una religiosidad popular que a ratos escapaba de los cánones de la iglesia oficial, del hegemonismo religioso.

Para los pequeños propietarios y para los trabajadores campesinos el trabajo era de sol a sol. Había que crear espacios para la producción agrícola en el selvático territorio. La naturaleza no le era propicia, el invierno con sus fríos y la persistente lluvia se mantenía desde mayo hasta septiembre. Los pocos caminos que había no permitían un fácil desplazamiento; ir a la ciudad era una temerosa travesía. No se conocían con su vecino ni con el de más allá. No existía el sentido de común- unidad, que hubo que construirlo con el transcurrir de los años.

En este aislamiento una de las pocas cosas que le aportaban alegría era la música, el canto y en los momentos especiales, el baile. Estas expresiones culturales le llenaban el alma, con ello volvían a sus raíces, aquellas que abandonaron dejando atrás a sus padres y sus abuelos para venir a conquistar una vida mejor. Allí estaba la presencia de la mujer, quien además de trabajar codo a codo con los varones en todas las tareas, era portadora y fiel conservadora de su legado tradicional.

En algunos ranchos sonaban los alegres sonos de una tonada traída desde sus confines campesinos, en otros los punteos y trinos de las mazurcas y patiné que alcanzaron a conocer antes de emprender esta aventura colonizadora.

Esta música, estas danzas, eran su conexión con su comunidad, con aquella vivida en sus lugares de origen. Era un legado que establecía lazos afectivos con sus patrias chicas lejanas. Esta carga sentimental la conservaron, la atesoraron, la fueron compartiendo con sus vecinos, con los nuevos lazos parentales que fueron surgiendo.

La cultura campesina y pueblerina allende el Bio Bío, esa de sus padres y abuelos, siguió sus cambios naturales. La cultura es dinámica. En el libro podremos ver que,

aunque tradicional, se vio fuertemente impactada por el hegemonismo cultural, político y religioso a que estaba sometida. La modernidad influyó fuertemente en ella.

Pero en La Araucanía el cambio fue más ralentizado, más lento. La fuerza de comunidad por atesorar este legado cultural, el poco contacto con la ciudad y con los medios de comunicación hicieron que el cambio a la que se vio sometida la cultura regional hasta los años 60 del siglo pasado fuera más interno que externo. No influyó tanto el hegemonismo central y el poder (político, religioso y económico), sino que, al compartir saberes en torno al canto, la danza, las costumbres sociales, la tecnología agraria, la religiosidad popular, se fue generando una cultura que no era de nadie, pero era de todos. Una cultura distinta. Una cultura campesina de La Araucanía. La Araucanía formó nuevos hombres y nuevas mujeres. No es menos cierto que muchos de los saberes de las comunidades indígenas también se incorporaron a este nuevo legado cultural.

Ya entrado el siglo XX, la vitrola, la radio, y con ello la música fue permeando esta cultura campesina, se fueron incorporando otros ritmos, otras formas de organizarse, vivir y recrearse. También la conectividad terrestre mejoró, hubo mayor escolaridad y hubo modernización. La iglesia y la escuela avanzaron en un proceso hegemónico, pero eso no borró sus raíces culturales, que se han mantenido por muchos años en expresiones musicales que en otros lugares pasaron lentamente al olvido. Mucha de esa nueva música -citadina y extranjera - tendió a folklorizarse y tuvo escasa réplica, no pudiendo desplazar a la música tradicional campesina.

Por eso no es extraño aún encontrar formas de tocar la guitarra de un modo totalmente diferente a las zonas campesinas que están más al norte. Hay afinaciones y toquíos campesinos muy propios de este territorio. Hacia el año 1960 era posible encontrar resabios de las danzas saloneras que desde hacía bastante tiempo no estaban vigentes en la zona central. La décima espinela, tan natural en las regiones del centro del país aquí no se conservó con fortaleza puesto que no hubo poetas populares que la mantuvieran (es necesario la tradición, la creación y el cambio para mantener viva una expresión cultural), pero hubo cultores naturales que mantuvieron en la memoria aquellas llegadas a principios de siglo. La tonada, sin cambiar las letras heredadas, fue acompañándose a veces de un sonido distinto, expresándose de otros modos, no siendo ya réplica de la tonada maulina o chillaneja.

Podemos aseverar que surgió una identidad campesina regional no visibilizada, no reconocida, mas bien desconocida en la ciudad, y es eso a lo que nos invita este libro a reconocer, a entender estas expresiones culturales que nos permiten inferir parte de esa historia desconocida. Pero también nos invita a reconocer que esta identidad regional no ha estado ajena a las fuerzas hegemónicas y a los intentos de “modernizar” nuestra cultura. La población mestizo – criolla o más bien chileno - mestiza como la nominan en este texto, que llegó a buscar un nuevo lugar para vivir ya venía con

esta pugna interior entre tradición y cambio, hegemonía centralista o identidad comunitaria, lo propio y lo ajeno, lo antiguo y lo nuevo, y que, evidentemente ha impactado en esta construcción de una identidad, mejor sería hablar en plural, “de identidades” porque no existe homogenización absoluta en La Araucanía.

Tal como lo afirma el libro: *“las distintas oleadas migratorias, así como la diversidad de procedencia de los nuevos ocupantes dificultaron la homogenización musical en La Araucanía”* y eso es fácilmente constatable al observar las formas musicales que se escuchan en los faldeos de la Cordillera de Nahuelbuta tan distinto a como se expresan cantoras y guitarreros de la zona de Cunco o Villarrica por citar algún ejemplo.

Es interesante leer, capítulo tras capítulo, y con abundantes fuentes de consulta, la propuesta que nos hacen los autores para releer esta visión que tenemos de nuestra cultura tradicional, especialmente a través de sus expresiones musicales y de la danza, ya que ellas son las puntas de lanza para redescubrir nuestra identidad, una identidad ajena a esta intención hegemónica del aparato estatal y del poder de uniformarnos y establecer una identidad chilena única, sin reconocer las naturales diferencias que existen en los distintos ámbitos y espacios de la vida nacional a lo largo de toda su extensión territorial. Existen muchas culturas que, incluso, rebasan nuestras fronteras políticas.

Citaba al principio *“La historia es la generosa reconstrucción del pasado mediante “empatía intelectual” hacia nuestros antepasados”*. No existe un pasado feliz, de una paz bucólica, de un estado ideal y edénico. Lo que aquí se construyó significó dolores, injusticias, trabajo, esfuerzo y como podrán leer en el texto el sufrimiento y la injusticia fue escondiéndose, invisibilizándose incluso por sus propios protagonistas, al creer que podría haber un futuro mejor para sus hijos.

Gracias Mathías por invitarme a expresar estas palabras que, lo más probable, expresen más lo que yo pienso que lo que expone este libro *“Folklor musical e identidad chilena en La Araucanía. Tradición, Hegemonía y Modernidad”*.

Gracias a los autores, Mathías Órdenes y Mario Samaniego por visibilizar, poner en valor nuestra identidad regional, con todos sus dolores y sus alegrías. Gracias por escuchar esas voces anónimas para que en este libro tengan voz.

Raúl Díaz Acevedo
14 de diciembre de 2023

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Creative Commons Atribución Compartir Igual 4.0 Internacional